

## CALLEJERA

CANILLITAS—Carneros! carneros!... *silbando*)  
Bicho feo, feo!

EL MOTORMAN—Soy un protector de la sociedad y me dejás insultar!...

EL VIGILANTE—Un revolver Colt tengo, pero aquí no son tan civilizados como en el Rosario y no se puede castigar á los niños á balazos....

CANILLITAS (*insistiendo*) — Car ne-ros! car-ne-ros!...

EL FRAILE DOMINICO — Hasta la tierna infancia comulga con las pompas de Satán. Tan sólo Torquemada podria salvar á la moral y al Corazón de Jesús!...

LA SOLTERONA JUBILADA — ¿Que hace la Virgen de Luján? ¿donde está San Expedito?... Seguramente estos chicos mal educados nos van á asesinar.

UN CHINO ALFEREZ—Aquí hace falta un Rozas..

EL CAPITALISTA — Yo que para economizar voy en tranvia, sin pensar que en el momento menos pensado puede una bomba estallar... Ah! los ricos á cuantas preocupaciones, á cuantos peligros estamos expuestos!...

EL NOVEL MAYORAL — Que suerte tengo! ayer sail indultado por González y hoy ya encuentro un conchavo....

CORO DE CHIQUILINES — Carneros... vendidos... ven-di-dos... car-ne-ros....



# BIER-CONVENT

CUYO esq. MAIPÚ

BUENOS AIRES

— DE —

**LUZIO Hnos. Y MONTI**

Restaurant y Cerveceria --- Salones especiales para familias y banquetes

Atención Vegetarianos

Restaurant Vegetariano

Único Establecido en Buenos Aires

449 CALLE 25 DE MAYO 449 (ALTOS)

Acreditada a el todas las personas desearán una vida sana y alegre. Pídanos bien que la base de la existencia está constituida por una sana alimentación.

Restaurant Vegetariano

25 de Mayo 449 (altos)

G. San Germier

Por cinco pesos

Se manda libre de porte un surtido de 25 paquetitos de semilla al gusto del comprador, un LINDO OBSEQUIO y un calendario de las semillas.

Alfalfa de la Pampa

CALLE LIMA 1165 - Buenos Aires

**LOS OBREROS**

Casa fundada en 1884

DE **Federico Roveda**

ROPA HECHA Y ARTÍCULOS

PARA TRABAJADORES

619 CALLE DEFENSA 619

Nota. Nuestra ropa no se desdosa. Pida V. catalogo

I. Bonansea

CIRUJANO, DENTISTA - MECANICO

**990 Calle Moreno 990**

BUENOS AIRES

**Justino B. Lamarque**

CIRUJANO-DENTISTA

Ex-jefe del consultorio Odontológico de la A. Pública

Horas de consulta: de 8 a 11 y de 1 a 6

Calle Artes 543 - Buenos Aires

FOTOGRAFIA

**REFFO**

Defensa 861 - Buenos Aires

**MARTIN FIERRO**

Suplemento semanal de «La Protesta»—aparece los lunes

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: **Santiago del Estero 1072**

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN ADELANTADA

EN LA CAPITAL

Trimestre . . . . . \$ 1.20

Año . . . . . « 4.80

Exterior: \$ 4 oro al año.

EN EL INTERIOR

Trimestre . . . . . \$ 1.80

Semestre . . . . . « 3.50

Año . . . . . « 6.00

Numero suelto: 10 centavos

— Provincias: 15

AGENCIA DE MARTIN FIERRO EN EL ROSARIO: LIBRERÍA DE E. SOTELLO. CÓRDOBA 1238

# MARTIN FIERRO

REVISTA POPULAR ILUSTRADA DE CRÍTICA Y ARTE

OFICINAS: SANTIAGO DEL ESTERO 1072

DIRECTOR: ALBERTO GHIRALDO

Año I

Buenos Aires, Diciembre 5 de 1904

Núm. 39

## EL ESPÍRITU NUEVO

Las ruedas del tilbury seguían rodando sobre los tacuiales que cubrían una gran extensión del campo; y de entre las matas de la paja brava, huían despavoridas las perdices, las liebres ó los zorrinos, mientras yo me esforzaba por armonizar mentalmente, el canto de mi acompañante con el murmullo del viento que se desgarraba en los alambraos y los chillidos de las aves que se escuchaban en el monte.

El trotar lento del caballo fatigado por un viaje de casi veinte leguas en las cuales apenas había dejado los arros para comer una manada de pasto; la canción conmovedora de mi compañero; la caída de la tarde, el campo, la tristeza de mis propios recuerdos; todo contribuyó á emocionarme y tanto, que un sollozo que me desgarraba el pecho se escapó por mi garganta y mis ojos se llenaron de lágrimas.

Ciriaco detuvo el tilbury; me miró fijamente un instante y en un: «Carambal» condensó todo su pensamiento.

No es nada, — le dije. — Sigamos hasta Araoz, antes de que nos sorprenda la noche en medio del campo. Vd. lo ha visto; tenemos el caballo que anda á remolque y no nos han querido prestar uno de refresco ni pagando el alquiler. ¡Da penas ver como se va poniendo esta tierra! Y no siempre fueron gringos á quienes les pedimos. Me parece que todos eran criollos, pero con todo, nos han dejado esto . . . que ni para los perros sirve. Estamos en Agosto; el frío apreta, no tenemos mantas ni con que resguardarnos del viento. Si nos agarra la noche en despoblado, estamos lucidos.

Ciriaco meneó la cabeza. Permaneció un instante pensativo; luego miró al cielo por el norte y murmuró:

—Y para mejor antes de dos horas tendremos agua hasta ahogarnos.

Si, le contesté. Apuremosnos, porque el patrón no dá para tantos lujos.

—Y es claro que no dá. Apenas si le queda á uno con que hacerle remendar las botas un par de veces al año; y sin embargo ya lo vé: hemos vendido este mes una tropa de cinco mil novillos gordos á sesenta pesos cada uno. Se ha echado los trescientos mil al bolsillo y no vino á la estancia hasta que le avisaron que se había enfermado su perro favorito; y eso para darle un rezongo al pobre Francisco porque jice que no se lo ha cuidado como es debido.

—Lo más rico del caso, siguió diciendo Ciriaco, es que para el patrón no hay nadie

que trabaje á gusto como no sean los pam-pitas, esos que se ha hecho traer de Villa Encarnación y el baboso de Don Contábili que le trabaja de arriba porque le chupa el riñón por otro lado.

Yo sé que Vd. sufre, pero se traga la saliva porque es persona decente. ¿Vd. cree que no me apercibi de que ayer cuando lo echó á rebencazos al viejo Felipe porque no le había limpiado el apero á su gusto, se le caían las lágrimas de rabia y se mordía el bigote con ganas de acabar de una vez con tanta violencia y tanta porquería? Si hombre! Yo soy como el zorro viejo: cuando todos creen que duermo es cuando estoy más despierto. Diga que á mi no me gusta largar la lengua... porque... ya sabe: en cada poste hay una oreja. Pero que diablos! si al fin uno no dice más que la verdad, ¿no es cierto?

Confieso que las palabras de Ciriaco me causaron extrañeza y alegría. Hablaba poco con él porque no disponía en la estancia de mucho tiempo para distraerlo en expansiones y porque además lo creía satisfecho de su suerte. No sabía de él nada más que lo que de él mismo se desprendía. Un día llegó á las casas como abórtado por el infierno. Empezó á trabajar y de peon llegó á ser capataz; alguien contaba de él unas extrañas aventuras, pero pocas veces se prestaba atención á esos cuentos. Se le suponía un buen muchacho, honrado, trabajador y de buenos sentimientos; pero una vulgaridad, nada más.

El día antes, al salir de San Cristóbal, me prometía un viaje monótono y fastidioso porque no pensaba desplegar los labios. Por el camino me empecé á convencer de que se trataba de un compañero excelente, de buen humor sobre todo. Hasta la caída de la tarde había cantado su «fá tanti giorni che la mia fanciulla — piú non la veggio e ne cantar la sento... etc»; de pronto, se me aparecía bajo un aspecto nuevo para mi y desconocido para el resto de las personas de la estancia. Experimenté una alegría infinita. Y le hablé, sin vacilaciones. Bastaba que fuera accesible para que intentara convertirlo á la verdad. Le describí su vida, sus estrecheces, sus sinsabores, sus zozobras mientras que él, á la par mía, era quien regaba ese pedazo de tierra que alimentaba los apetitos insaciables del patrón y de todos los suyos. Le hice advertir su egoísmo, el porvenir estrecho que nos deparaba y la conveniencia de que nos rebelásemos.

De pronto lo vi tornarse pensativo. Al rato me preguntó: ¿pero rebelarse es turbar el orden, verdad?

Si, le contesté. La fraseología de los bur-gueses es esa. Mientras trabajamos como la bestia de carga de sol á sol, nos alimente-mos de desechos y arranquemos de nuestro corazón sentimientos capaces de hacernos pensar en nuestros padres, en nuestras es-posas, en nuestro hijos, para consagrarles una hora por semana; mientras nos conforme-mos con que nos exploten toda la vida, se-remos amigos del orden. Si alguna vez se nos ocurre reclamar lo que es nuestro, lo que nos corresponde de hecho, somos per-turbadores del orden; la puerta de los bur-gueses se cierra con estrépito, porque va-mos, según dicen, en actitud, agresiva á imponerle condiciones.

Los diarios piden que la policia sea más brutal para garantizar la propiedad amena-zada como si esa propiedad no fuese un robo. Preguntale á nuestro patrón que hay de cierto sobre un pagaré que le hizo fir-mar al socio en un momento de apuro y despues lo dejó en la calle. Y así todos los que tienen propiedad; si no han robado la capa al prójimo prevaricando como jueces, quebrando si son comerciantes—ó desviando leyes si son ministros, han explotado el

trabajo del obrero pagandole uno por lo que valia cinco y vendiéndole por cinco lo que no vale nada.

Vd. cree, amigo Ciriaco, que hay quien se haga rebelde por el gusto de serio? No! Cuando un hombre patalea, es porque tiene la sogá al cuello. Y entonces, todos los me-dios son buenos. Donde no alcanza la ra-zón, alcanza el puñal y á las conciencias que no pueden purificarselas obligándolas á reparar errores, se las encarrila purifi-cándoles la propiedad con el fuego.

Vi que el rostro de Ciriaco se contraía y que mientras sus ojos despedían relampa-gazos de ira, mostraba los puños crispados á la silueta de las casas de la estancia, que empezaba á dibujarse entre los últimos resplandores de la tarde, perdida entre el tul verde obscuro de la alameda.

Hace muchos años que nos separamos. Algunos viejos de aquellos tiempos me cuen-tan que á los pocos días, el campo, sin sa-ber como, ardia por sus cuatro costados, y que sobre sus ruinas se ha edificado una ciudad nueva, donde todos son obreros por-que el trabajo no es para sus habitantes una ley brutal que aniquila sino una ley natural que regenera.

CÉSAR LIVIO.

## Clásicos Criollos

### EL SERENO

*Canto al sér que más me hostiga,  
Me consume y ne atosiga;  
Por quien, noche á noche, peno;  
Pesadilla sempiterna,  
Cabron de chuzo y linterna  
Que denominan Sereno.*

*¡Ay! señor don Cayetano;  
Sea usted un hombre humano;  
Compasivo, amable y bueno;  
Y ordénele que se aguarde,  
Y que cante algo más tarde  
Al inflexible Sereno.*

*Es la más horrible cosa,  
La pena más horrorosa,  
Para un pecho de amor lleno,  
El tener que levantarse,  
Despedirse y retirarse  
Porque ha cantado el Sereno.*

*Y diga usted:—«Adiosito,  
Adorable circulito,  
Entretenido y ameno»  
Y cálese la galera,  
Y baje usted la escalera  
Y no acogote al Sereno.*

*Dénme veinte mil bollazos,  
Machúquenme á martillazos,  
Háganme tragar veneno,  
Pero ocan de libramme  
De tener que sujetarme  
Al graznido de un Sereno.*

*¿No hay quien te ajuste al gariote  
La correa del capote,  
Verdugo del gusto ajeno?  
¿Qué placer hallas, bellaco,  
En gritar, como un barraco,  
—Las once han dado y sereno?*

*¡Quiera Dios que á esa hora misma,  
Te des tai golpe en la crisma,  
Que te deshaucie un galeno;  
Y todo porque un barcino  
Se atraviese en tu camino  
Abominable Sereno!*

*¡Dios haga que cada noche  
Que llueva, no pase un coche  
Sin salpicarte de cieno!  
¿Que cuando el frio te erize,  
Llueva con viento y granize!  
—Quién te manda ser Sereno?*

*¡Que dormido, un compadrito  
Venga y te agarre hasta el pito  
Que traés colgando en el seno,  
Y que en ese mismo instante,  
Te recuerde el Ayudante  
Con un:— ¡Arriba, Sereno!*

*Aunque nadie lo sufriera,  
Yo, recentar permitiera  
En mi misma oreja un trueno;  
Pero no acepto, por nada,  
Esa canción, titulada:  
—¡Las once han dado y sereno!*

ESTANISLAO DEL CAMPO.

# ¡SANGRE!

RÓSARIO TRÁGICO



JESUS PEREYRA

anhelo en marcha, en marcha siempre más rápida, más enardecida, más irresistible.

Me embriaga el himno que surge de mi paso, himno de guerra que preludia redenciones.

No consiguen detenerme las lameluras miedosas de los que no se atreven á desafiarme.

A mi paso caen los enormes peñascos que quieren ser cumbres y que yo echo á rodar en un impulso de venganzas implacables.

Sangre! habían proclamado los bárbaros.

El rayo también es sangre y dá la señal de la tormenta que explosiona.

Sangre es también la llama anunciatrix de ciudades incendiadas.

Que corra, pues, sin mezquinarla.

¡Ahora, también, si es preciso, cual la fábula bíblica lo cuenta, diluvio de sangre ahogue el mundo, y que flote por fin el arca victoriosa, la de Noé, con su olivo, con su símbolo de paz!

Ahora también, si es preciso, como en París, barricadas de cadáveres!

Sangre de martirios, de heroísmos: preferible es ella á la sangre de resignación, de mansedumbre, que chorrea en el holocausto á los modernos dioses!

Que caigan ellos, nosotros también, en inmortal consagración, que la humanidad espera!

¡Ellos, los bárbaros, ante las floraciones tranquilas y radiosas de la idea, lanzaron el grito proclamando la matanza!

Clamó la sangre, á borbotones, como clarines de martirio, banderas convocando á la redención de mundos!

Rodó el eco repercutiendo hondo, donde había un dolor por sublevarse, donde había una herida que no fué lavada!

Y el eco también pidió sangre, ahora de bárbaros, sangre de despotas que no fueron tronchados!

Es justo! Es razonable! ¿Porque asustarse?

Ahi vá rodando, fiero, el torrente crispado de las cóleras.

Y oído, como habla, rugiente, indomable, enloquecido:

Voy allá, allá muy lejos, en la altura, donde es todo placidez y es todo contento.

¡Guay del que pretenda detenerme, que arrasado será por el dolor que me subleva!

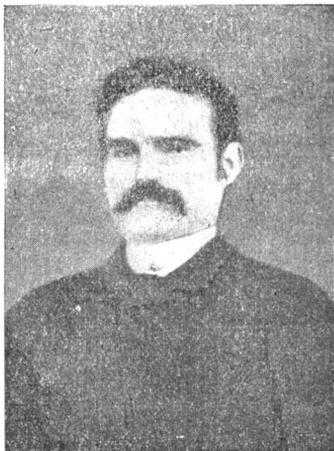
Ya no soy una idea en gérmen, soy un

Es riesgo siemprefecundo.

Ella es grito convocando á todos los ultrajados de la tierra.

Es mancha roja que se estiende por el cielo dando la señal del despertar victorioso.

Siempre igual, sangre á torrentes piden las grandes conquistas del anhelo!



LUIS CARRÉ



ALFREDO SEREN

J. ALBERTO CASTRO.

# PROGRESO SOCIAL Y ESFUERZO INDIVIDUAL

(VERSIÓN ABREVIADA POR JULIO MOLINA Y VEDIA)

## (Conclusión)

De una manera fragmentaria é imperfecta, he llamado la atención sobre algunas condiciones generales del progreso social, en virtud de las cuales el crecimiento de la Sociedad es comparable al de una planta ó al de un animal, estando sujeto á leyes que le son propias y á las cuales el individuo parece un factor nulo.

Pero hay, como de costumbre, una contraverdad que no debe descuidarse. Si la Sociedad se mueve con una ordenada é irresistible marcha que le es propia: del mismo modo—como parte que es de la Sociedad, y como parte que es del Universo—lo hace el individuo. En su verdadero lugar el individuo es también irresistible.

Cuando tomáis posesión de vuestra inspiración vital, de vuestra absoluta determinación, también sois irresistibles, todo el peso del determinismo social está detrás de vosotros. Por inmensas que sean las instituciones, tradiciones y costumbres de la Sociedad, decir contra ellas «yo quiero» no es ilógico.

Considerámos, por ejemplo, la ley de competencia ó lucha por la vida que los acionistas miran (con alguna justicia) como la base del funcionamiento de la Sociedad. A cada momento se repite que esta ley de competencia rige en los reinos animal y vegetal, lo mismo que en la sociedad humana, y que, siendo una ley universal, es inútil esperar que la sociedad pueda nunca fundarse en otras bases.

Sin embargo, admitiendo que la competencia ha sido hasta ahora la ley universal, la última palabra de la Naturaleza, ¿estaría que un solo hombre se levantara y dijera:

«No será así en adelante». «No es la última palabra de mi naturaleza y mis actos declaran que no lo es», para que esa llame a la ley tocara á su fin. Siendo él una parte de la Naturaleza tiene tanta razón para hablar como todo el resto de la Naturaleza; y así como según las leyes elementales de la hidrostática, una delgada columna de agua puede balancear el océano comunicando con su fondo y teniendo la misma altura—así su voluntad, si es bastante profunda, puede balancear cuanto se coloque contra ella. Si un solo hombre—delante de los problemas sociales—dice desde lo más profundo de su corazón, «esto no debe ser: veo algo mejor»: su palabra es tan fuerte como todas las instituciones y como todas las tradiciones. Y ¿porqué?—porque en las profundidades de su corazón individual, teca también el de la sociedad, el del hombre. Dentro de sí mismo ha palpado el secreto, ha visto una fresca corona de pétalos, un dorado círculo de estambres durmiendo plegados dentro del botón. El hombre forma la

sociedad, sus leyes é instituciones; y el hombre puede reformarlas.

Las inevitables palabras de progreso que hablan los individuos son provocadas por lo que se llama *mal*. Toda institución es buena por un tiempo y después se vuelve un mal—puede dudarse que sea mala en sí misma; pero es mala porque perdurando impediría el próximo paso. Un nuevo desarrollo del sentido moral tiene lugar dentro del individuo, dando origen á un nuevo ideal: á una cosa mas amada que cualquiera de las ya vistas. Y, á la luz de este nuevo amor, de este más perfecto deseo las actuales cosas aparecen *falsas* (es decir *prontas á caer*, como los pétalos): se vuelven odiosas, son males; y la percepción de los males es ya la promesa de algo mejor.

No nos engañamos hasta el punto de suponer que la ciencia y el intelecto sean ó puedan ser las fuentes de los cambios sociales. Los partos y supercrecimientos morales son el origen de esos cambios; la ciencia y el intelecto solamente les dan forma. Es noción corriente y que parece estar arraigándose, que la ciencia puede tomar la sociedad de la mano, y, convertida en su alto sacerdote, guiarla á glorioso reino. Y esto hasta cierto punto es verdad. La ciencia puede volverse alto sacerdote, pero el resultado de sus sacerdotales oficios dependerá enteramente de la especie de deidad que ellos representen—del Dios que la sociedad adore. Si la sociedad adora un dios de curiosidad egoísta, los ritos sagrados de la ciencia consistirán en la vivisección y tortura de amantes animales; si la sociedad cree sobre todas las cosas en los resultados materiales, la ciencia pronto la proveerá de esas cosas—rodeará á los hombres con máquinas, y productos hechos á máquina. Los hombres, desde un extremo á otro del mundo, girarán alrededor de esas cosas envueltos en toda especie de lujuria y debilidad; la ciencia les proporcionará cincuenta mil chucherías para que jueguen con ellas por cada una de las que tenían antes—pero, en medio de todos los silbidos de las calderas y del ruido de las chucherías, no hará sonar más cerca la lejana voz de Dios. En una palabra: si la sociedad adora al Diablo, la ciencia a la llevará al Diablo; si la sociedad adora á Dios, la ciencia descubrirá y removerá á lo lejos muchos estorbos en el camino hacia Dios; (y aquí uso estas palabras como dicen los abogados, «sin perjuicio»). Admitiendo que el problema es La Felicidad; deben existir ciertos elementos morales en la masa del género humano, antes de que surja el *deseo* de la especie de felicidad asquible, cuyo deseo permita la capacidad de conseguirla. Presentes estos

elementos morales, la solución intelectual ó científica del problema será bien pronto encontrada; sin ellos, será inútil toda tentativa. El intelecto reside en lugar secundario, como instrumento de las facultades morales.

El sentimiento del derecho y de la dignidad del hombre, oscurecido en el estado feudal, toma una nueva forma, y se agranda, dando origen al estado comercial ó estado de competencia. El estado comercial surge al par que el Protestantismo, como una expresión del individualismo afirmando el trabajo y la dignidad del hombre contra cualquier señorío feudal ó gerarquía eclesiástica, elevando á dogma «la igualdad de derecho». El resultado fué la emancipación social de la burguesía. El feudalismo reducido á una cáscara fué arrojado; y por un tiempo la gloria, la vida de la sociedad estuvo en el nuevo orden.

Però hoy, un fresco impulso hacia la humanidad, se afirma. La *competencia*, que se había establecido como simbolo de la igualdad humana, resultó un simbolo defectuoso. Llevaba dentro de sí los gérmenes de su muerte. Pues, mientras destruía el privilegio de rango, y emancipaba una inmensa clase social, concluía, después de todo, por esclavizar otra clase y crear el privilegio de la riqueza. La *competencia*, en efecto, no representa toda la igualdad humana: los derechos individuales deberían completarse con la ley de caridad. Pero la *competencia*, agrandada por el ácido del egoísmo, se ha vuelto hoy día el evangelio de «el diablo se lleve á los últimos». La libre *competencia* levantándose gloriosa contra la iniquidad de las altas posiciones, ha concluido por renegar de su verdadero origen. Como tantos héroes populares, se volvió un tirano; y debe correr la suerte de los tiranos.

El régimen de la *competencia* está condenado. Era un bien y se ha vuelto un mal. Pero junto con este proceso (y como parte del mismo) ha brotado una nueva concepción ética. Los signos se hacen visibles por todas partes. Se hace consciencia que el régimen que sistemáticamente deja estrellarse á los más débiles, no es humano. La persecución de su propio bien, de cada uno por separado, aún dentro de la igual libertad, no satisface al corazón. Aunque el *derecho* lo admita, aprovecharnos de las debilidades ó infirioridades de otros no nos satisface por mucho tiempo. Y estas cosas no pueden ser alteradas por la ciencia ó el intelecto, aún cuando se acumularan todos los argumentos en pro y en contra. De hecho, la palabra igualdad va tomando un sentido más sustancial; la idea de justicia se hace más amplia y definida. Hay indicios de que este sentimiento está brotando y de que tiende á generalizarse. Y cuando sea más general traerá, inevitablemente, un nuevo estado de sociedad.

Los economistas de la escuela clásica toman el interés personal como el principio directivo de la naturaleza humana, y hacen de él la base de su ciencia—pero si eso es así ahora, puede no serlo siempre; y cambiando estas bases, los economistas tendrán que rehacer enteramente su ciencia. Y así, sobre nuevas bases se ha construido la economía política de Marx, Engels, Lassalle y

otros. Bastaría que un solo hombre *sintiera dentro de sí* un principio de acción más profundo que el expresado en el presente estado social, para que pudiera estar cierto de que, tarde ó temprano, ese principio concluirá por extermarse en un nuevo orden de cosas. Y afirmo que quien quiera hoy siente que hay un estandarte de vida mejor que el del revendedor del mercado, una más justa escala de salarios que «cuál A ó B se aceptará», y, en cada empresa, una cuestión más importante que «cuánto por ciento se pagará»—encierra *dentro de sí mismo* los gérmenes de un nuevo orden social.

El socialismo, si tal ha de ser el nombre de la próxima ola de la vida social, surge de un nuevo sentimiento de humanidad, su base es una mejor especie de moralidad. Esto es su parte esencial. Es también una ciencia, pero solo secundariamente; pues, así como la economía política *burguesa* se asienta en ciertos datos morales, la economía política socialista implica otros—ambas son bastante exactas con relación á sus axiomas. Pero como estos axiomas cambian infaliblemente en el curso del tiempo, más adelante otra ciencia económica nacerá y la socialista será falsa.

Importa tener en cuenta que la moralidad es la parte esencial del movimiento. Si el socialismo sólo consistiera en que todos aquellos que tienen en sus manos las cosas buenas serán desplazados, y que los que nada tenían, ahora se adueñan de ellas—no conduciría á nada. Si el socialismo ha de ser un movimiento sustancial, es porque significa un ideal nuevo, un cambio en la concepción de la vida diaria, un mejor concepto de la dignidad humana—de modo que los individuos desdénen reclamar lo que no se merezcan, y no se consideren degradados por la ejecución de cualquier especie de trabajo útil á la sociedad. El socialismo debe significar simplicidad de vida, defensa del débil, coraje de las propias convicciones, caridad para las faltas y caídas de los otros. Esto es lo primero, y después vendrán los beneficios materiales.

Cómo puede difundirse semejante moralidad?—Cómo crece una planta?—El hecho es que *crece*. La ciencia puede enseñarse directamente: pero un nuevo ideal, sólo puede transmitirse de una persona á otra por una especie de contagio, por influencias indirectas. Sin embargo se transmite. No hay necesidad de hablar—quizá cuanto menos se diga con ese objeto, es lo mejor—si tenemos tal ideal nuevo dentro de nosotros, nuestro más claro deber, y nuestro mayor interés, es encarnarlo en nuestra propia vida. Tampoco debemos olvidar que establecido un orden social más amplio (por la acción intensa de unos pocos), dicho estado de cosas reaccua sobre sus miembros. Hasta cierto punto, probablemente, á los hombres y las mujeres se les puede hacer que se desarrollen, como á las coles. Es el caso de la influencia de los pocos entusiastas sobre la masa.

Pienso, pues, que el nacimiento de nuevas concepciones morales en el individuo (en un solo ó en cien mil) es el más importante factor de los cambios sociales. Por regla general, cuando un hombre siente intensa-

mente una nueva voluntad, los cien mil están más cerca de él de lo que sospecha. (Cuando una hoja, pétalo ó estambre, empieza á formarse en un árbol; ó cuando una planta rompe la tierra en la primavera, hay centenas de mil prontos á formarse.) Dentro de cualquiera, esté ó no solo, el nuevo parto moral es sagrado, como el niño dentro del vientre de la madre; y ocultarlo es una blasfemia contra el Espíritu Santo. Cuando empleo la palabra «moral» aquí—ó anteriormente—no signífico, lo espero, aquel estúpido convencionalismo de negaciones que amenudo se presenta bajo ese nombre. Los profundos indesarraigables desos, fuente de la acción humana, las aspiraciones de una amplia vitalidad, los relámpagos reveladores de lo recto y justo, el tesoro de los ideales, mantenidos en las llamas y en la oscuridad, en el júbilo y en las penas, en los tormentos y en el triunfo, dentro del corazón son mandatos que no tienen nada de convencional. Pueden ser considerados, y es lo frecuente, inmorales. No me inquieto por ello, pues lo mismo son sagrados. Si fortalecen

la vida de un hombre, fortalecerán la humanidad. «Que vuestro yo sea verdadero...»

El corage es mejor que el convencionalismo: toma tu lugar y deja que el mundo venga á tu alrededor. No pienses que tienes razón y todo el mundo erra. Dudando, podrás tener razón; pero si estás convencido de que tienes razón, es seguro que no la tienes. Vuestras más profundas y elevadas concepciones morales, lo son tan sólo temporariamente. Tienen que dar paso. Son las envolturas de la libertad—de aque la eterna libertad que sobrepasa toda inteligencia. Por aquí está el principio vital invisible, la semilla de la semilla. Puede poseerse mas no pensarse ni representarse—excepto por la vida y la historia. Todo individuo tan profundamente como palpa ese principio vital, está en la fuente del progreso social—detrás de la tela en la que la fantasmagoría se desarrolla.

EDWARD CARPENTER (1)

(1) En vez de: "exfoliación de envoltura" léase "exfoliación de envoltura sobre envoltura".

## EL CRISTAL

Quizá no sintamos el profundo reconocimiento que merecen los hombres de estudio y de trabajo que, por esfuerzos sucesivos, han elevado la ciencia, el arte y la industria de la óptica al estado actual de perfección, luchando contra toda clase de resistencias; quizá no miremos con toda la admiración de que es verdaderamente digna esa substancia mineral de modesta apariencia llamada *crystal*.

Más preciosa, por infinitamente más útil, que el oro y el diamante, su influencia en la historia de la humanidad es tan grande que apenas puede ser apreciada en su verdadero valor. Sin el cristal, la civilización no hubiera podido avanzar hasta los climas septentrionales; porque solo él nos permite vivir al abrigo del frio, del viento y de las intemperies, sin privarnos de la luz del día y del calor del sol, á la vez que contemplando la Naturaleza exterior. Sobre el cristal descansan la física experimental por el barómetro y el termómetro; á él se debe los dos nuevos órganos visuales de la humanidad moderna: el microscopio, que nos ha descubierto lo infinito pequeño, y el teléscopio, que nos transporta á lo infinitamente grande.

La ciencia casi toda entera se debe á los servicios prestados por esa arena fundida, por esa sustancia vitrificada.... ¡Pura y limpia substancia! el pensador te considera con admiración y gratitud porque eres infinitamente útil al progreso de los conocimientos humanos. ¿Qué resultaría, comparando tus beneficios á través de los siglos en la vida de la humanidad con la acción de todos los conquistadores y monarcas reunidos desde Sesostris hasta Guillermo de Prusia?

CAMILO FLAMMARIÓN

## EL MIEDO AL ROJO

Roja es siempre la aurora de los serenos días;  
roja, la llama virgen que todo purifica;  
y rojas son las rosas, encanto de la vida,  
y son rojos los labios que al amor nos invitan.

¿Porqué, entonces, se espanta de una roja bandera,  
el burgués, y maldice, desesperado, y tiembla,  
al verla que en los aires gallardamente ondea,  
precursor estandarte de la cruzada nueva?

Porque el buho es siniestro y prefiere la noche;  
porque no hay inmundicias que la llama no borre;  
porque á pasto y no á rosas, tiene el uso aficiones;  
enfín, porque al eunuco repugan los amores.

Mas, sobretudo, el rojo lo hace sudar de angustia  
porque roja es la sangre derramada en la lucha.  
¡Sangre de héroes caídos para abrirnos la ruta;  
terror de almas estériles y frías como tumbas!

ALFREDO ARTEAGA.

# ALBA ROJA



I

Sofocando el dolor que las devora  
Ébrias de ensueño, locas de esperanza  
E impelidas por vientos borrascosos  
Van hacia el sol las muchedumbres pálidas

Frente á la aurora están. ¡Oh, cuántos siglos  
Han marchado en la sombra las esclavas,  
Las tristes muchedumbres de proscritos  
Que el odio y el amor exacerbaban!  
Tienden el brazo hacia el claror del día,  
El brazo musculoso que la fragua  
Tostó y en las contiendas del trabajo  
Se hizo rudo y valiente; el que levanta  
El mundo en peso y el engaño, el dolor  
Juegan con él, lo explotan y lo sangran.  
El brazo que resuelto á ser martillo  
Aplastador ó azote de venganza  
Contra el burdo armazón en que, sonrientes,  
Las turbas de parásitos se bañan  
Para extraerle el jugo de la vida,  
Hoy el camino hacia la luz señala.

II

Dura la brega fué; por entre abismos,  
Rindiendo monstruos ó incendiando zarzas,

Han llegado á las puertas de la aurora  
Las tristes muchedumbres, las esclavas,  
Sus héroes, sus filósofos, sus mártires  
Han escrito la historia de las razas.  
Esa historia doliente de cien siglos  
En que diez mil generaciones parias  
—Parias del mundo, sin hogar, sin suelo,—  
Siendo las hacedoras de la gracia  
Han gemido en tinieblas y dolores  
Al yugo de la suerte doblegadas.

Ya terminado el bárbaro combate  
Y echando hacia el pasado la mirada,  
Las tristes muchedumbres se interrogan:  
¿Acaso salen de una noche trágica?  
¿No fué un sueño el ayer? ¡Ah, si mentira  
Fuera el dolor los mártires hablarán!  
¿Cuántos cayeron en la lid? ¿Se puede  
Contar á los valientes camaradas?  
¿Sus cuerpos? ¿quiénes son? ¿hay cifra? ¿hay nombre?  
Si no hay cifra ni nombre es que no hoy culto.  
¡Para qué, si la muerte todo iguala!  
El que fué poseedor de una energía  
Ese la dió. No más; si nada acaba  
Tampoco él terminó, pues en el grande  
Crisol de la existencia él también halla  
La gran transformación. Si aun en los vientos  
El eco se oye de las grandes hablas  
No se incensa á los héroes como á dioses  
Ni se llevan en triunfo sus estatuas.  
¡Ya ni héroes son, son hombres solamente  
Que entregaron sus fuerzas á la causa!

III

Las tristes muchedumbres en camino  
Recuerdan el horror de las batallas  
Y evocan, doloridas y sangrientas,  
Las jiantes figuras de los parias  
Que, radiosas de luz y de heroísmo,  
Emergieron del fondo de las llamas  
Anunciando el amor entre los séres  
Con voz que la cuchilla entrecortaba.

Triunfante ¡hacia el suplicio va cantando  
Un compañero cantos de esperanza;  
Allá, del otro lado de los mares,  
En la joven América violada,  
Y en medio del estruendo de las lides  
Las sombras de las horas se levantan  
Y desde ellas la voz de los profetas  
Abriendo el horizonte de las almas.

— ¡GERMINAL!

Y los bravos luchadores  
Brindante una sonrisa al camarada  
Que supo entre la sangre del martirio  
Tener el gesto del profeta. ¿Pagan  
Deudas de humanidad? No, pues no existen.  
Se ama la vida por la vida y basta.

Y siguen desfilando las figuras,  
Las figuras tan grandes como bravas  
De los violentos redentores rojos  
Que van sembrando amor rompiendo lanzas—  
Todas con la visión de un mundo nuevo  
En la pupila adusta y soberana.

Cruza allí el vengador, el implacable  
De continente férreo como su alma,  
Que arrojando el terror sobre los pueblos  
Los ojos hizo abrir á la mesnada,  
Y que al caer en manos del verdugo,  
Ya presa el cuello de la infame máquina,

Tuvo el trágico grito, el bello gesto:  
—¡Cochino! le escupió sobre la cara.  
(Así rodó en el cesto la cabeza  
Del político audaz de la canalla)

— ¡NO HAY INOCENTES!

¿Quién habló? Fué un niño.

Un niño hermoso de gigante talla  
Que surgió entré el incendio y los escombros  
Como un rayo terrible de venganza  
Blandiendo su dolor como un castigo  
Sobre la testa de la grey tirana.

Sonríe el mudo ante la voz del niño...  
Y las grandes, las inclitas, las bravas  
Multitudes, seguras de su triunfo,

Ébrias de ensueño, locas de esperruza,  
Listas á dar el paso giganteo  
Frente á la aurora están, — como clavadas!

ALBERTO GUEALDO.



Llevar la carga eternamente, no es la ley del hombre. ¡Basta de párias, basta de esclavos, basta de damnificados! Que cada uno de los atributos del hombre sea un símbolo de civilización y un patrón de progreso. ¡Nada de yugos! El hombre no nació para arrastrar cadenas, sino para remontarse en alas. ¡Basta de hombres reptiles!

VICTOR HUGO.

## EN PLENO AIRE

Cuando se vió en la calle, echado de la tienda donde trabajaba como hortera melancólico, resolvióse por la vagancia. No creyéndose apto para muchas cosas, ya que tenía en sí, enjuto y seco, como de carnes era, un superávit de espíritu, vagar, vagabundear, le pareció su único oficio su trabajo para lo futuro. No conoció más padres que los amos menos crueles, los que le toleraron sus escapadas, sus paseos de dos y tres días hacia lo desconocido, andando sólo por el gusto de andar, como si extraños apetitos se les hubiesen atojado á las piernas, unos zancos secos y nerviosos que le llevaban de tierra en tierra hacia ya más de ventiún años.

Andando, seguramente, rimaba una gran poesía. Dilatado el pecho de gozo, trasudando placeres intensos, alocado de alegría, abandonaba todos los trabajos cuando se despedía ó lo echaban por demasiado agrio, hosco y malhumorado. Una vez fuera de techo por las calles centrales, corría; estando en el llano, saltaba. Si hubiese trabajado un año seguido, al pisar la calle, ya libre, se habría expedido ante sí con una volte-reta de salto mortal. ¡Libre!

Se llamaba Jesucristo Martínez y no se acordaba como diablos había adquirido tal bautismo. Por lo demás, el asunto le preocupaba poco, ya que de ello no daría margen, según él, á que lo esclavizase nadie, puesto que se trataba con las gentes todo lo menos posible, como si temiese que le atacaran su libertad, su conciencia ó su bolsillo. Se creía español y probablemente lo sería.

Le infancia la recordaba en Bilbao, mirando las aguas del Nervión, caminando por Mirivilla ó hacia Deusto con un pedazo de pan y un palo en las manos, ora descalzo y desastrado, ora sencillamente vestido. A los trece años estuvo en Barcelona,

donde se vió embarcado para Buenos Aires como se hubiera ido á China, tan poco interesados daba al destino.

Una vez metido en la vida argentina, cambió poco sus hábitos; colocado de cadetillo en una tienda, le dió por leer todo lo que caía á sus manos: los diarios, las novelas, algunos libros serios de más ó menos clara exposición, y todo papel impreso. Este afán lo tuvo como quien aguanta una enfermedad de la que no puede desprenderse por ninguna terapéutica humana.

—Los libros dan ideas—decía á sus camaradas en los momentos fugaces que les dirigía la voz—y el hombre no debiera necesitar ideas para ser libres. Las ideas molestan: uno las discute, las acepta, las rechaza; pare otras después. Pues bien: todo esto es trabajo que está de más, que nos esclaviza, amarrándonos ahora a este lugar y mañana á aquella cosa. Ojos es lo que nos hace falta, para ver y sentir; no un armario de libros metidos en el cráneo, que concluye por equivocarnos la Naturaleza.

Así su alma, un día tropezó en su camino con una gentil muchachuela, que andaba, parte del tiempo mendigando á los transeuntes y, el resto, expropiando de los almacenes y tiendas, escasamente vigilados, lo que á las manos le caía, ropas, comestibles ú otros objetos.

—¿Y dónde dices que está tu madre?—le preguntó él.

—¡Oh, allá, muy lejos!... Yo vine de España con una tía, que me pegaba aquí más que mi madre en Asturias... Durante estas palizas, yo la amenazaba con irme á mi tierra, sola, solita, no me importaba esto; pero mi tía, como si no, me duplicaba los palos. Hasta... que por fin me escapé.

Anduvieron juntos, con los brazos caídos, la facha haraposa, de una calle á otra y

luego á otra, sin rumbo ni fin. Las vitrinas que tenían más color, las jugueterías, los *bric-à-brac*, aun las tiendas cuyas telas irradiaban colores sugestivos, cuyas puntillitas mostraban sus cribas caprichosamente dibujadas, les paraban, y mudos, sin cambiar impresiones, las revisaban todas, sin gran apuro ni manifestaciones de deseos de apropiarse nada de todo aquello contemplado silenciosamente.

¿Como te llamas?—interrogó él sin mirarla.

—¿Yo?... Emia...

—¿Emia? ¿que quiere decir eso?...

—No sé; nada, seguramente...

Él quedó satisfecho de la respuesta, como si le hubiese definido el origen, la diminuta deformación de Eugenia que debió nacer en la infancia y en la aldea de donde provenía la mozuels.

—¿Y tu?...

—¿Eh!... ¿Yo? dijo él, presumiendo que el estupor general de las gentes que sentían su nombre surgiría en ella como nació en los demás. Luego, como le preguntase de nuevo, molestandole en demasía, dijo por fin:

—Yo me llamo Jesucristo...

Emia escucho «Jesucristo», como habría escuchado Juan, Pedro ó Perico, sin darle importancia, esperando sólo que él tuviese un nombre, que lo dijera, y nada más.

—Mira—observó él—¿sabes?... Podríamos ir á Palermo... ¿Eh?... Una buena idea, á la verdad. Allí se vé el río: uno se acuesta en la tierra y ve el cielo, el agua, los árboles... Sí, vamos, anda...

Ello no quiso. El cielo no servía para nada, ni los árboles, ni el agua: no, no iría; que fuera él, si le daba la gana.

Entonces, como parecía que él se resolviese á ir solo, le detuvo:

—No, Jesucristo, no me dejes... ¿Por qué me vas á dejar?... Tú no sabes: yo tengo hambre, mucha hambre, ¡un hambre desde ayer! ¿Tú no tienes hambre?... Ad más, mi tía me va á volver á encontrar... ¡otro día me vió, en el paseo de allá abajo, y yo corri, corri mucho, y ella también, hasta que me metí en un portal grande sin ser vista ni encontrada... Hace tiempo que tengo hambre, ¡si supieras!...

Jesucristo presumía reflexionar. Cuando pareció que se determinaba, se puso á observar con el rabillo del ojo á Emia: estaba casi descalza; una saya sucia, como si saliera de algún cajón de residuos, y una bata sin forma, de antiguo color azul, á flores, cuyas mangas le cubrían la mitad de las manos, hacían de traje. De entre un cuello ancho y despechugado tal cual era el de la bata, se levantaba la cabeza de la joven, como un dibujo neo-moderno, fina de líneas, pálida, bajo un chorro de cabellos bonitamente desgreñados y de rubio oscuro. Ya noche, Jesucristo tomó á Emia de la mano, y calle al norte, la arrasó consigo: ¡dios de los dioses! ¡cómo no, que iban á comer, y bien!...

Jesucristo se acordaba de un mendigo ciego que prestaba dinero con la condición de conducirle de la mano, y estar con él, du-

rante uno, ó dos, ó tres días, según la cantidad que el colega, puesto que tenía que ser únicamente otro mendigo, exigía en préstamo sobre el futuro trabajo.

—No nos va á dar—decía Emia—porque, ¿cómo sebrá si tú le cumples ó no lo que prometes?...

Pero él seguía: ¡cómo no iba á dar! Entre los amigos nadie dejó de cumplirle una sola vez. ¡Habría que ver aquello!

Ya en la casa del ciego, la moza se negó á entrar. A poco rato volvió Jesucristo: traía el dinero necesario y murmuraba que harían la gran cena, solitos, en una sala de fonda, pero donde no les viese nadie, donde ninguna mirada indiscreta ó burlona les manchara la armonía. Y así se hizo.

Mientras cenaban, Emia observó á su compañero como quien cabalga sobre una gran idea. De repente, dejaba vagar la vista, consultándose cosas interiores de hondísima importancia, el suave seno casi descubierto y los dientecitos tras de las fibras más infimas de carne adheridas á un robusto hueso de carnero. Al fin, melosa la mirada, le preguntó:

—Oye, Jesucristo: ¿tu serás mi marido, mi marido?...

Al pronto él no comprendió. ¿Qué decía? Y se echó un vaso de vino al pecho. Pero cuando ella le hizo de nuevo la misma pregunta, se sulfuró. ¡No! ¡él no se casaba con nadie, ni con él mismo!... Además, aunque no tenía pretensiones de príncipe, claro estaba, eso de que el tomase una tal cadena como la de cargar consigo á la primera mujer que se le presentara en medio del arroyo, sería... un absurdo.

—¿Por qué?—dijo ella sencillamente.

—¿Por qué?—repuso él—¿por qué?... ¿que sé yo por qué... ¡Una mujer así!... ¡hum!...

Entonces ella, comprendiendo apenas, mientras recogía los párpados como para persuadir más, como para afirmar lo que decía, historió su vagancia, las noches de hambre, las noches sin casa, las noches en que rechazó, no á los vagabundos, en quienes halló el máximo de respeto concebible en hombres, aun durmiendo en el mismo rincón de ellos, sino á los hombres con casa, á los hombres vestidos «á la decencia», y hasta á los hombres «serios». Ella era fuerte, tenía uñas y un brazo fornido. Brava y todo, tenía miedo á los hombres con casa... Por eso no se colocó... ¡Oh!... ella sabía lo que pensaba al respecto!

Luego le arrulló, toda muy buena, muy santa, como una Magdalena sin pecados, blanca como una conciencia de ángel. Al fin Jesucristo cedió con estas declaraciones, aceptadas de plano conforme las iba exponiendo:

—Yo seré tu marido.

—Muy bien—confirmó ella.

—Pero yo no seré tu marido... Cuando á mi me dé la gana me iré, y tu no me has de seguir... Después, si vuelvo, perfectamente, y si no vuelvo, tu no me buscarás...

—...

Así me caso... pero no me caso...

—...

FÉLIX B. BASTERIA.

# URIEN, SHINE & Co

IMPORTADORES

**369 Perú 371**

**Buenos Aires**

TELEFONOS:

UNIÓN TELEFONICA 1450 (*Avenida*) — COOPERATIVA 1700

SUCURSALES EN:

DUSSELDORF (*Alemania*) — WOHVERHAMPTON (*Inglaterra*) — NEW YORK (*Estados Unidos*)

## LA PROTESTA

DIARIO DE LA MAÑANA

*Se acojen toda clase de denuncias por abusos de autoridad, patronales, etc. etc.*

REDACCION Y ADMINISTRACION :

**359 Calle Cordoba 359**

**Buenos Aires**

## Anuario Cartológico

## Sud Americano

APARECERÁ EN NOVIEMBRE PRÓXIMO

Director: A. PELLICER, ex-director de las Revistas «NOOGRAFIA» y «TARJETA POSTAL» que ha demostrado su innegable competencia en la materia.

Trátase de hacer obra original y útil, elegante y artística; que sea á la vez verdadera guía del coleccionista; archivo de pensamientos de descollantes personalidades; ramillete de sentencias, proverbios, aforismos, cantares y epigramas; album de reproducciones de hermosas tarjetas, últimas novedades ó ilustraciones y viñetas de reputados artistas; algo sobre la nueva lengua universal ESPERANTO, de la que tanto se usa para el intercambio postal internacional, *sección destinada á los albums particulares*, con transcripción de culminantes escritos; descripciones artísticas; conceptos filosóficos; colección de pensamientos originales de todo orden: cuanto sea novedoso y relacionado con las tarjetas postales, *Almanaque*, y LA MAS EXTENSA LISTA QUE SE HAYA PUBLICADO DE COLECCIONISTAS NACIONALES Y DE LOS MAS IMPORTANTES EXTRANJEROS, etc., etc.

Para figurar en esta LISTA DE COLECCIONISTAS, basta enviar una tarjeta postal con la firma y domicilio del remitente al editor P. TONINI, FLORIDA 470—BUENOS AIRES. Los que deseen añadir algunas indicaciones más pagarán 0,20 centavos la línea.

## “MUSICA PROHIBIDA” UN VOLUMEN DE VERSOS

POR ALBERTO GHIRALDO

Precio: **Un peso.** Pedidos á la Administración de Martin Fierro

**Santiago del Estero 1072**

**Buenos Aires**